

SEMANARIO CATÓLICO

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA

Consagrada á la Virgen María, Madre
de Dios y Madre de los hombres

Núm. 69.

Alicante 14 de Junio 1900

Año II

SUMARIO

Salutación.—Día grande, por José M.^a Alfonseti.—La institución de la Eucaristía, por A. Cremades y Bernal.—El Santísimo Sacramento, por F. M.—Triunfo de la Eucaristía, por S.—A Jesús Sacramentado, soneto, por Juan B. Pastor Aicart.—A Jesús Sacramentado, poesía, por Antonio Martínez Torrejón López de Ayala.—Sección religiosa: Cultos.

SALUTACION

¡Oh hostia tres veces santa, hostia que abres al hombre las puertas del cielo! mira con toda la misericordia de tu magestad divina á este pobre pueblo, tiéndele tu mano protectora, fortifícale y socórrele en sus necesidades y enjuga las lágrimas que en sus tribulaciones derrama.

Yo os saludo, verdadero Cuerpo nacido de María; Vos que habeis padecido muerte por el hombre; Vos que os dejasteis inmolar en la Cruz para redimirnos; Vos que con la misteriosa agua vertida de vuestro costado disteis salud al alma de Longinos; Vos ¡oh mi buen Jesús, apiadaos de nosotros!

Yo os adoro con toda la efusión de mi alma; ¡oh Dios oculto en el Sacramento! ¡Oh Dios encerrado verdadera-

mente bajo las santas especies; mi corazón henchido de fervor, rebozando amor, os alaba y bendice; y contemplándoos amoroso sucumbe en santa sumisión!

¡Oh imperecedero recuerdo de la pasión y muerte de nuestro Dios; pan del cielo, que dais vida á nuestras almas; haced que la mia viva siempre en Vos, y que goce eternamente de vuestras delicias!

Yo os amo, manantial suavísimo de todo bien; fuente de pureza y de misericordia; ¡oh mi Señor! ¿Si una sola gota de vuestra Sangre preciosísima puede salvar al mundo y reparar todas sus maldades y todos sus crímenes, cómo no habeis de lavar mi corazón, esclavo del inmundo pecado?

¡Cuánta complacencia, cuánta alegría podemos recibir los católicos durante la Octava de Corpus yendo á postrarnos ante Aquel á quien dirigimos todos estos homenajes, para pedirle gracias y bendiciones!

En todo tiempo ha dado el hombre gran importancia á las bendiciones: En el principio del mundo los Patriarcas bendecían á sus hijos. Bajo la ley escrita, los sacerdotes bendecían solemnemente al pueblo que se reunía para recibirlas. También en las primeras páginas de la Santa Biblia vemos al mismo Dios bendiciendo todas sus obras.

Bendecir es desear un absoluto bien al bendecido. ¿Con cuánto anhelo, pues, debemos acudir presurosos á recibir con recogimiento la santa bendición en que Jesucristo como Rey, como Padre y como Dios, se ofrece á nuestra adoración, bajo el sublime misterio de la Eucaristía, para colmarnos de sus dones y otorgarnos gracias espirituales y favores temporales? No hay duda que si supiéramos aprovecharnos de estas gratas ocasiones sacaríamos de ellas ventajas á granel para la eternidad y beneficios sin tasa para la vida en este mundo. Sacaríamos entre los inmensos beneficios que el Altísimo concedernos puede: la santificación de nuestra alma, santa paciencia y humilde resignación en las contrariedades, valor heroico para vencer las tentaciones, paz y alegría del espíritu, prosperidades en nuestros trabajos, éxito en las empresas, pan como galardón á nuestras virtudes, salud de nuestro cuerpo y bienes sin medida. Vamos diligentes á recibir con frecuencia las bendiciones del Divino Redentor; acudamos presurosos y solícitos en cuantas ocasiones podamos á pe-

dirle todas aquellas gracias que dispensarnos puede. No olvidemos que el Salvador nos llama con estas hermosas palabras: «*Venid á mí todos los que trabajáis, y yo os consolaré. Venid los que sufrís y yo daré á vuestras almas agobiadas la calma que necesitan*».



DIA GRANDE

El sol,—en la plenitud de su carrera—derrama torrentes vivificantes, ondas de luz, que al dar su beso en la madre tierra, fecundizan los gérmenes que en ella se atesoran, cubriéndose de vegetaciones exuberantes y riquísimas, que como joyas de alicatada orfebrería, visten con sus galas los prados y las colinas, las cumbres y las riberras, saturando con el perfume de las flores,—que cual diadema de pedrería ciñen sus sienes,—las auras que embalsaman y llenan los ámbitos de álitos de amor y vida.

Dormido el mar en su inmenso lecho, semeja bruñido lago de cristal, cuya existencia delatan tan solo—como suspiro de su cuerpo gigante—el movable cabrilleo de las aguas, que sin quebrarse, ni formar espuma, parecen esfumarse en la arena que blandamente acarician.

Canta el ruiseñor en los umbrosos obucdales, vigilando,—solícito y amoroso,—el nido donde su compañera anida, con materno afán, de sus dulces pequeñuelos. En los espigados campos con ritmo vibrante y sonoro, se llaman las codornices; y en los abrasados rastrojos, y en los rizosos barbechos revuelan inquietas las alegres alondras; y los cantos del ruiseñor; del jilgueruelo saltón; del diminuto pardillo; del verderón altivo, y de las aves todas, que en la espesura revolotean, forman armónico é inimitable concierto que embelesa y arroba al alma, adormeciendo dulcemente los sentidos.

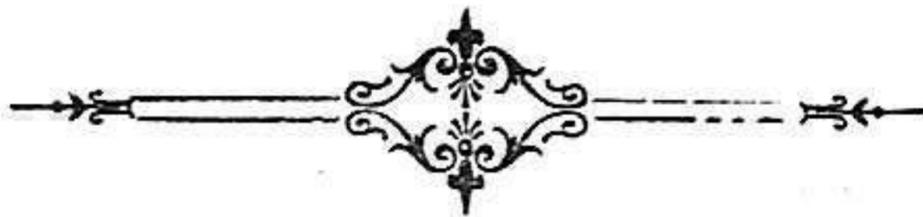
Quebrando los hilos de sus aguas entre las breñas,—por entre las cuales corre,—salta en menuda espuma, el arroyo y el torrente, que al rayo del sol brillan con argentado reflejo.

En el universal concierto de la naturaleza toda con la verdad de sus sonos levántase un himno unísono de alabanza á la grandeza de su Creador, á quien bendice, y cuyo poder el hombre pensador admira y venera.

Y en esos grandiosos días; cuando es mayor la suntuosidad del Universo, y parece más tangible su fuerza creadora; cuando los astros brillan con fulgores imponderables, en un cielo purísimo y diáfano; celebra la Iglesia Católica,—maestra de las virtudes, consoladora de todas las aficciones, y madre de inacabables bienandanzas,—la festividad del *Santísimo Sacramento*; por el que místicamente entre los hombres vive—apesar de nuestra pobreza, miseria y lacería—el dueño de cuantos seres pueblan la inmensidad infinita de los espacios;—el que es fuente de salud y manantial de eterna sabiduría; y cuando encerrado en aúreo relicario, rodeado de luz y de nubes de incienso; pasa ante nosotros, doblemos las rodillas, hundiendo en el polvo nuestra frente para rendir pleitesía y homenaje á su Magestad Augusta, á su grandeza incomparable; y el murmullo de nuestra oración y el silabeo de nuestro ruego, únense en coro á los cánticos de la Naturaleza que vibra, del Universo que canta, de la luz que riega, y de los perfumes que en haz purísimo ofrécese en tributo al Hijo Unigénito del principio y fin de todas las cosas que tomó carne mortal de la Purísima Virgen—Madre, que á El ruega siempre por nosotros, despreciables y empobrecidos pecadores.

JOSÉ M.^a DE ALFONSETI.

Alicante, Junio 1900.



La institución de la Eucaristía

Un hecho tan constante en la sociedad como doloroso para el hombre, viene sucediéndose á través de los siglos; las instituciones humanas, por robustas que parezcan en sus fundamentos y á pesar de que en ellas se pueda admirar lo portentoso de un entendimiento sublime, no pueden ofrecer otra garantía de solidez que la que se des-

prende de lo deleznable de la existencia de una ó varias generaciones y de la presión abrumadora del tiempo. Repásense, siquiera sea de memoria, las obras mas notables que el hombre ha realizado sobre la tierra, desde el primer día del mundo; recuérdense los organismos mas robustos que han existido en la sociedad humana; evóquense los recuerdos de los grandes imperios, de los nombres mas famosos, de los hechos que han dejado huella mas profunda en las páginas de oro de la historia de las naciones; ¿qué queda de todo ello en los tiempos presentes? ¿Quién lo recuerda? ¿Qué homenajes recogen de la presente generación?

Una consideración altamente filosófica se deduce de aquí: el hombre tiene mas motivos para humillarse en presencia de Aquel que lo puede todo, que para sentirse orgulloso de sí mismo; saludable medicina de la infinita Sabiduría, que, aplicada á las enfermedades del corazón, tan maravillosos efectos produce.

Pero cuando fijamos nuestra consideración en las instituciones divinas, cuando extendemos la vista hacia el horizonte sin límites del imperio de la Verdad infinita y traemos á la memoria los nombres de los misterios de la Religión fundada por Jesucristo y de los sacramentos por El instituidos, ¡cómo se goza nuestra alma en la contemplación de tantas maravillas!

A través de los tiempos que pasan y de las generaciones que mueren, ellas ni mueren ni pasan, antes permanecen firmes y fijas como una roca en medio de la corriente; y las alaban los espíritus bienaventurados, los hombres las adoran, respétanlas los elementos, que en su furia todo lo destruyen, y hasta los desgraciados que gimen eternamente en las mansiones de la infelicidad, se sienten oprimidos bajo el peso de la diestra del Omnipotente.

Testimonio elocuente de ello da cumplidamente el misterio augustísimo de la presencia real de Jesucristo, Dios y Hombre en la Eucaristía, oculto á nuestra vista bajo el velo de los accidentes. Todo es maravilloso en este Sacramento inefable, con maravillas especiales á las que resplandecen en los demás misterios y sacramentos; porque ¿no ha de ser maravilloso en el mas alto grado, que un misterio que se opone á los sentidos, aunque no á la razón del hombre, reciba de éste tantos homenajes de adoración? ¿No ha de ser maravilloso en el mas alto grado que, en medio de las circunstancias que rodeaban la institución de tan grande Sacramento y no obstante la guerra tenacísima

ma que le tienen declarada tantas heregías que se han levantado contra él en el trascurso de los diez y nueve siglos que cuenta la Iglesia; no ha de ser altamente maravilloso, decimos, que subsista recibiendo los homenajes de millones de hombres de todas las naciones de la tierra y de las diversas condiciones sociales, príncipes y vasallos, sabios é ignorantes, ricos y pobres, niños, jóvenes y ancianos?

Doce humildes discípulos, uno entre ellos que le hacía traición, reciben el Sacramento de manos del Maestro, en un lugar retirado de Jerusalén, en medio de un pueblo que le había de crucificar al siguiente día; han trascurrido cerca de dos mil años, y en todos los pueblos de la tierra se adora y recibe en las especies sacramentales el Cuerpo de Jesucristo, por una muchedumbre inmensa que le confiesa allí presente. En aquel tiempo fué derramada en un patíbulo la sangre generosa del Redentor, salpicando las cabezas del pueblo deicida, después que le hicieron sufrir indecibles amarguras por las calles más públicas de la ciudad; hoy, esa misma sangre preciosísima es recogida en el vaso místico del alma por sinnúmero de fieles servidores que luego le pasean en triunfo por los campos y poblados, en las populosas capitales y en las humildes aldeas.

Pobres é ignorantes eran los que predicaron un misterio tan profundo á una sociedad materializada, y en el día es creída esta doctrina por legiones de sabios en una sociedad tan inclinada como aquella á los bajos deleites de los sentidos.

¿Qué mayores pruebas, qué testimonios mas elocuentes se necesitan para creer la verdad de la doctrina católica? ¿Qué se puede exigir que no se haya dado en la carrera de tantos siglos para que llegue á la razón el convencimiento de lo que la fe nos enseña? ¡Cuán cierto es que, si la Religión de Cristo fuera mejor conocida, sería mas amada!

Alegrémonos en el Señor en el día que mejor nos recuerda sus misericordias, y, en unión con los coros celestiales, entonemos un himno de amor y gratitud al Rey inmortal de los siglos.

A. CREMADES Y BERNAL.

Alicante y Junio, 1900.



El Santísimo Sacramento

*Quantum potes, tantum aude;
Quia major omni laude.*

Al considerar el Augusto Sacramento de la Eucaristía; y contemplarle con los ojos de la fé, la inteligencia humana desfallece bajo el peso de su grandeza; y la lengua no acierta á encontrar palabras con que indicar siquiera su excelencia y dignidad infinita. La Eucaristía es verdaderamente la obra maestra de la sabiduría y del amor infinito de Dios, y por lo mismo solo Dios pudiera revelar su grandeza. Al hablar también de este Misterio Sacrosanto y de esta presente festividad, el angélico maestro Santo Tomás dice: que la solemnidad del Corpus Christi, es la grande solemnidad, en que se han de despertar las alegrías santas de los mortales en obsequio de su Criador y Señor Sacramentado. El Señor dice en su Santo Evangelio, que donde estuviere el cuerpo, allí se congregarán las águilas. Y entendiéndose el Cuerpo por el Sacramentado del mismo Señor, y por las águilas las almas aficionadas, y deseosas de volar al Cielo; será justo, que á donde va el Santísimo Sacramento, concurren obsequiosos todos los fieles, que desean agradar y servir á su Criador, y prosperarse en esta vida mortal y asegurar sus almas para la vida eterna.

Del águila generosa dice también el Santo Job, que hace su asiento en lugares altos; y de allí contempla su más propia y gustosa comida. Así también es el águila generosa Maestra discreta del hombre, enseñándole, que contemple y considere el manjar Celestial, que Cristo le ha dejado en su Santísimo Cuerpo Sacramentado; para que como ligera águila le busque y le acompañe, levantando primero sus pensamientos á lo alto de la Divinidad de Cristo Señor nuestro, para encender su tardo corazón.

La costumbre de esparcir flores y enramar calles para esta procesión es muy laudable y del gusto de Dios. En esta solemnidad del Corpus es, cuando las flores dan sus frutos estimables y son flores con frutos de honor y honestidad, como dice el sagrado texto; porque los fieles católicos, que las esparcen ó arrojan en obsequio y culto de su criador y Señor, consiguen muchas bendiciones del Cielo.

Si oportuno fuera hoy, diríamos también que los maravillosos efectos de este Sacramento, no solo son entre otros el aumento de gracia santificante, si que, según San Cirilo Alejandrino, la santa Eucaristía ahuyenta las enfermedades y sana á los enfermos, y San Gregorio Nazianceno dice de su mismo padre, que convaleció en el mismo momento en que recibió la sagrada Eucaristía ó comunión.

El angélico Doctor Santo Tomás, dice: que después de la Consagración suben los ángeles al trono de la Gloria la Hostia consagrada en un instante imperceptible de los ojos humanos, para dar nuevo gozo accidental á los Bienaventurados, con la vista y presencia del Santísimo Sacramento del Altar. Por este augusto Sacramento dice San Alberto Magno, comunica Dios á su Santa Iglesia los tesoros de sus bienes, virtudes de Patriarcas, ilustraciones de Profetas, alabanzas de predicadores, dignidad de apóstoles, victorias de mártires, santidad de confesores, religiosidad de monjes, doctrina de prelados, pureza de vírgenes, resplandor de inocentes y mérito de los Santos. A los de este mundo dá nueva gracia; A las benditas ánimas del Purgatorio alivia las penas; y en el Cielo aumenta la gloria accidental á los ángeles y Santos.

La Eucaristía, carne viva con la misma vida de Dios, flor de la sangre purísima de la Virgen María; la Eucaristía, repetimos, es nombre griego, y significa grata memoria ó agradecimiento; porque en este misterio se hace memoria y se agradece á Dios el beneficio precioso de la Santísima Pasión del Salvador, y juntamente se dá su verdadero cuerpo y sangre: por lo cual estamos obligados á dar á Dios gracias perpetuamente.

F. M.



TRIUNFO DE LA EUCARISTIA

El año de 1851 hallábase en Agen el P. Hermann, uno de los muchos ilustres judíos que han abierto sus ojos á la luz de la verdad en este siglo. Allí vino á visitarle su hermana con su marido, llevando á su hijo Jorge, niño de corta edad. Estos eran judíos, y habían inspi-

rado al niño un profundo horror á la Religión del Crucificado. Pero ¡oh prodigio del amor divino! Celebrábase en el monasterio de Carmelitas, á que pertenecía el P. Hermann, la festividad del *Corpus*, y Jesús, desde la Eucaristía, se dignó atraer aquel infantil corazón con tan irresistible y suave violencia, que el niño creyó firmemente en la presencia real de Jesucristo en el Sacramento de su amor.

A fuerza de ruegos y de súplicas, obtuvo el favor de ser vestido de acólito y derramar flores á los pies de Jesús Sacramentado en la procesión.

Embriagado de alegría, al salir de desempeñar su angélica función, corrió á su padre y le dijo:

— ¡Ay, papá, que dicha! He echado flores ante el Señor.

En la boca del niñito judío esas palabras eran una profesión de fé cristiana.

Su padre, temeroso de que pudiera convertirse aquel hijo único, en quien reposaban todas sus esperanzas, resolvió volverse en seguida á París, donde vivía.

Ignoraba que antes de la salida otra flecha victoriosa, partida de la Eucaristía, había atravesado el corazón de la madre, y que en el más profundo misterio de una noche silenciosa había recibido los Sacramentos del Bautismo y Eucaristía de las manos sacerdotales de su propio hermano, siéndole administrada la Confirmación por el Obispo al día siguiente.

Jorge, en París, no pudo olvidar las santas impresiones que le habían hecho sentir las fiestas cristianas, y sobre todo la Eucaristía era el sueño de día y noche de aquel corazoncito herido de amor.

Todas las noches, después de asegurarse que su padre dormía, se incorporaba y oraba largo rato.

— ¡Oh Jesús mío!—decía.—¿Cuándo concluirá mi ayuno? ¿Cuándo podré comulgar y estrecharos contra mi corazón?

Lo que le preocupaba vivamente era el cambio que notaba en su madre desde su viaje al Mediodía; eran otras costumbres, otro modo de ser, principios y gustos más serios. Un día le dijo:

— Júrame que no estás bautizada, si no lo pensaré.

Su madre, turbada, no supo qué responder.

— ¡Ay, mamá! Ya lo veo, eres cristiana y te perdono el que me hayas precedido, porque espero que Jesús, en su bondad, me unirá

muy pronto á tí. Pero al menos, ¿me habrás esperado para tu primera Comunión?

Y la madre, estremeciéndose de alegría y de temor, se atrevió á confesar á su hijo que comulgaba todos los días...

Entonces el niño rompió á llorar, á sollozar; se subió al cuello de su madre.

—¡Oh! ¿Por qué, por qué no me has esperado? Al menos, déjame estar al lado tuyo cuando Jesús esté en tu corazón, para que pueda abrazar con respeto á ese divino Niño tan amable... ¡Oh mamá querida! La próxima vez, guárdame algo de tu Comunión; una madre comparte todo con sus hijos, mamá.

Las conmovedoras ceremonias de la primera Comunión de los niños de su parroquia, á la que asistió, desde un rincón obscuro de la iglesia, vinieron á aumentar sus transportes.

La madre escribió entonces á su hermano que no podía ya resistir más á las lágrimas de su hijo, que amenazaba con ir á pedir el Bautismo al primer sacerdote que pudiera conmover sobre su suerte, y que por otra parte, se le decía que estaba en las condiciones exigidas para recibirlo.

Después de haber maduramente pesado todas las dificultades de a posición, fué decidido que su tío fuera á París en secreto.

Cuando el niño entró, llevado por su madre, en la capilla donde había de ser bautizado, el piadoso Religioso le hizo este solemne interrogatorio:

—¿Qué pides, hijo mío?

—El Bautismo.

—Pero, ¿sabes bien que mañana tal vez te se querrá obligar á entrar en la Sinagoga para que tomes parte en un culto abolido?

—No temáis, tío, abjuro el judaísmo.

—¿Pero si se quisiera con amenazas que pisaras el Crucifijo en odio á nuestra santa Religión?...

—No tengáis miedo, tío, antes moriría. Sin embargo—añadió— si se me atara de pies y manos, y si á pesar de mis gritos, de mis protestas y mi resistencia se me llevara á la Sinagoga y me pusieran á los pies el Crucifijo, ¿habría apostasía no consintiendo yo?

—No, hijo mío, sólo la voluntad constituye el pecado.

—Entonces pido el Bautismo. ¡Por favor, concedédmelo!

La ceremonia continuó en medio de la más profunda emoción de

los asistentes. Al Bautismo siguió la Misa; después de haber hecho bajar y recibido á su Dios, en los transportes del agradecimiento, el celebrante se volvió y presentó al dichoso niño el objeto de todos sus votos, de todos sus deseos. Pocas veces se ha dado espectáculo tan conmovedor.

Arrodillado entre su madre y su madrina, aspiró en un divino beso, y recogió en su corazón el dulce Niño Jesús que le venía á traer todo su cielo con él... Nada turbó su dicha, ni aun el temor de ser sorprendido por su padre... Algunas semanas después comulgó aún el día de Todos los Santos, y después llegó la hora de la prueba.

Su padre le presentó un libro, y le dijo:

—Vamos á rezar.

—Papá, no puedo rezar en este libro judío.

—¿Y por qué?

—Soy cristiano, soy católico.

—¡Hijo mio, ese es un juego cruel! No hablas seriamente, supongo; por otra parte, tu bautismo no es válido sin mi consentimiento.

—Te equivocas, papá; basta tener la edad de la razón, fe é instrucción religiosa para estar válidamente bautizado.

El padre disimuló en el primer momento su violenta irritación. Pero algunos dias después se marchó con su hijo, llevándoselo á cuatrocientas cincuenta leguas de su madre.

Todos los esfuerzos que se hicieron por descubrirlo fueron vanos. Como su padre lo había colocado bajo nombre supuesto en un colegio protestante, fué imposible dar con él, y la madre se quedó sola... Y el niño, como Daniel en la fosa de los leones, de blanco á los asaltos encarnizados de los que querían que renegara de su fe.

—Quisiera ver á mamá— exclamaba á menudo derramando abundantes lágrimas.

—La verás—se le replicaba—si abjuras.

—¡Oh, no; soy cristiano, soy católico y prefiero sufrirlo todo, todo antes que renunciar á mi fe!

Varios meses habían pasado en mortales angustias para la pobre madre cuando recibió una carta del fondo de Alemania en que se le decía: «Ven, tu hijo está aquí.» Corre, y después de un viaje de quinientas leguas, en el momento que percibe á la familia, exclama:

—¡Mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?

—Tu hijo—se le contesta—no lo volverás á ver sino después de haber jurado ante Dios educarlo en la religión judía, y que no manifestarás exteriormente en nada la Religión que has abrazado.

Sin embargo, después de algunas semanas, el corazón del padre se conmovió; permitió una entrevista, pero en su presencia, con la condición de que no se hablara de Religión.

El hijo se echó al cuello de su madre; ésta le bañó con sus lágrimas, y en una carta que escribió después á su hermano, le decía:

«Nada me ha dicho, pero he comprendido, he sentido, estoy segura que es fiel. Sí; en sus miradas, en sus tiernos besos he sentido que mi hijo se conserva católico.»

El pobre pequeño había vuelto á ver á su madre, pero á su Jesús, ¿cuándo lo volverá á ver?

Una tarde se escapa á la vigilancia de sus guardianes y se va á un bosque, donde un misionero, prevenido por su madre, lo espera y se confiesa. Pero confesarse no es todo, ¡cómo comulgar! El buen sacerdote, se disfraza, y en un día convenido, va á casa de los padres de Jorge y penetra sin obstáculo en el cuarto adornado de flores y luces en que éste y su madre le esperaban temblando de dicha.

Alimentado con el Pan divino, «que hace á los fuertes en la fe», el niño volvió á su colegio, donde no se habían apercibido de su ausencia. La prueba duró aún, pero al fin, el Señor recompensó la fidelidad y fervor de Jorge. El hijo fué devuelto á su madre y no los volvieron á separar ya.—S.



A JESÚS SACRAMENTADO

SONETO

Astro de amor que en el Sagrario moras
y en divinos incendios te derramas,
dame encenderme en tus amantes llamas,
pues así al abrasarme me enamoras.

Brasas sean de amor todas mis horas
del amor inmortal con que me amas,
y pues quejoso por ganarme clamas,
con tus gracias me ganes salvadoras.

Rotos del mundo los floridos lazos,
caiga, ¡oh Jesús! en tus amantes brazos
muerto al amor que de tu amor me aparte,
y en tu santo Sagrario prisionero,
viva el amor en que abrazarme quiero,
porque así quiero, ¡oh mi Jesús! ganarte.

JUAN B. PASTOR AICART.



A Jesús Sacramentado

¡Dios y Señor! Jesús Sacramentado:
Vida y salud del hombre en esta tierra;
Arma que nos defiende del pecado;
Manjar que dicha y bienestar encierra;

Consuelo del mortal en sus dolores;
Descanso en sus fatigas y pesares;
Trono, do está el amor de los amores;
Esposo del cantar de los cantares:

Hoy llega el pobre trovador rendido
Del mundo y sus engaños, á tus plantas;
Escucha su cantar compadecido
Tú que el solio entre arcángeles levantas.

Escucha la oración que eleva al cielo:
No desoigas su voz de amor ardiente:
Permite que buscando en Tí el consuelo
Pose en la tierra ante tu altar su frente.

Permite que extasiado en tu grandeza
Cante tus glorias con su pobre lira,
Presta á su trova celestial belleza
Y aunque humilde será, su canto inspira.

Que Tú, el Señor Omnipotente y Santo,
Con solo tu querer, de las alturas
Puedes hacer que al entonar su canto
Le escuchen embebidas las criaturas.

• • • • •

Era un tiempo en que el mundo envilecido
En placeres y vicios se embriagaba;
Solo en el goce terrenal sumido,
De que hay un Dios y un alma se olvidaba.

Cual torrente que raudo se desborda
Por la pendiente hasta el profundo llano,
Así la tierra, á tus palabras sorda,
Vió al hombre sepultarse en mal insano.

Las vírgenes, mirando los despojos
Que hizo Luzbel, lloraron con tristura,
Y cubrieron los ángeles sus ojos
Con sus nevadas alas en la altura.

Los justos suplicaron á los cielos
Que el Redentor del mundo descendiese,
Y del inícuo bando los desvelos
Con su poder inútiles hiciese.

Y dijo Dios: «Luzbel el mundo impera:
¡Baje á la tierra quien su frente humilla!
¡Doblad, criaturas, de la tierra entera
Ante el Hijo de Dios vuestra rodilla!»

Y sus alas batiendo, en densa nube
Los serafines y ángeles bajaron,
Y al tiempo que del Justo el ruego sube
Al Verbo Eterno entre el mortal dejaron.

Pero cegó al mortal su orgullo necio,
Y pretendió abatir de Dios la frente,
Y al Redentor del mundo, con desprecio
De una Cruz afrentosa vió pendiente.

Mas perdonado fué: que su pecado,
Aunque cubrió de horror á cielo y tierra,
Por la sangre de un Dios al ser borrado
Del castigo perdió el rigor que aterra.

Y no cesa tu amor; cuando subiste
A tu solio en las célicas alturas,
Privar de tu presencia no quisiste
Que libra del pecado á las criaturas.

Y en la forma de pan ¡bondad sin nombre!
Quedaste en la divina Eucaristía,
Tu digiste: «Pecar no puede el hombre
Si alimenta su carne con la mía.»

Sublime amor de un Dios, que de su trono
Al mirar del mortal rudos dolores,
Por no dejar al hombre en abandono
Quieres cautivo ser de sus amores.

Sublime amor de un Dios, que aunque afligido
Al ver su ingratitude, nunca le dejas,
Y escuchas su rogar compadecido
Si depone á tus pies, triste, sus quejas.

Por eso, ante mi Dios Sacramentado
Canto sus glorias y su amor ardiente...
Permite al trovador que hoy, extasiado,
Pose en la tierra ante tu altar su frente.

ANTONIO MARTÍNEZ TORREJÓN LÓPEZ DE AYALA.

SECCION RELIGIOSA

CULTOS

Jueves.

San Nicolás.—El *Santísimo Corpus Christi*, fiesta de precepto.—A las nueve, Horas Canónicas, y la Conventual solemne á gran orquesta, oficiando el M. I. Sr. Abad, con toda la asistencia colegial y predicará el Dr. D. Juan Segura, canónigo de la misma; por la tarde á las seis saldrá la procesión por la carrera general acostumbrada.

Santa María.—A las ocho y media, después de manifestar el Santísimo Sacramento, se cantará solemne Tercia y Misa mayor. Por la tarde á las cuatro, y todos los días de la octava á la misma hora, se cantarán Vísperas solemnes.

Capuchinas.—Prosigue el mes del Sagrado Corazón de Jesús, siendo la Misa de comunión Reparadora á las siete y media, y á las cinco y media de la tarde serán los ejercicios del mes de Junio con manifiesto.

En las demás iglesias los de costumbre, estando el Santísimo Sacramento de manifiesto todo el día durante la octava del Corpus.

Viernes.

Santa María.—A las ocho Misa solemne con manifiesto.

Sábado.

Santa María.—A las ocho Misa solemne con manifiesto.

Domingo.

Santa María—En este día celebra esta Parroquia la festividad del Corpus. A las nueve y media, después de manifestar el Santísimo, se cantará Tercia y Misa solemne con asistencia de la capilla de la Colegiata. El sermón está á cargo de un distinguido orador sagrado. A este acto asistirá una comisión del Excmo. Ayuntamiento.

Por la tarde á las seis, con la solemnidad de rúbrica, saldrá por la carrera acostumbrada la procesión del Santísimo Sacramento. En ésta, además de los fieles que gusten concurrir, saldrán los congregantes de San Ignacio y todos los adoradores nocturnos con bandera alzada. Asistirán también las autoridades y la banda del regimiento de la Princesa con un piquete.

Lunes, Martes y Miércoles, á las ocho, Misa solemne con manifiesto.

Jueves.

Santa María.—Ultimo día de la octava. A las ocho Misa solemne con manifiesto; por la tarde después de la procesión de la Colegiata, saldrá por la plaza de la Iglesia la de esta parroquia, terminando con la bendición del Santísimo.

Viernes.

En el Colegio de Jesús-María, se celebrará con gran solemnidad la fiesta del Sagrado Corazón. A las siete y media Misa de comunión con cántico, en la que comulgarán las religiosas y alumnas. A las nueve la solemne con el Santísimo de manifiesto; las religiosas y alumnas cantarán una hermosa partitura, de un reputado autor, y en el ofertorio una fantasía á piano-armonium y violín; el Santísimo estará todo el día de manifiesto, dándose la bendición á las tres y media de la tarde.